

ENTREGA DE MANIFIESTO DEL BLOQUE LEGISLATIVO DE ALIANZA PAIS

Guayaquil, agosto 04 / 2017



La frase que están utilizando ustedes, queridos amigos: “Unidad por la Revolución”, propone la unidad de todos, de diferentes tendencias políticas pero con un solo propósito en la mente: conservar los principios que inspiraron desde un comienzo esta Revolución.

Son la honestidad, poner todo el esfuerzo, el cariño, el denuedo, toda la esperanza e ilusión en que los cambios que tanto se requerían se hagan, y lo más pronto posible.

No quiero hacer comparaciones bajo ninguna circunstancia, pero revolución no significa avanzar sin destino. Revolución significa

revisar permanentemente lo que se está haciendo, y rever cómo va avanzando un proceso.

Pero me temo que hubo un momento en que se perdió ese norte. Entiendo yo que debe haber sido en ese afán de construir un país mejor.

Vuelvo a recalcar: no quiero criticar situaciones pasadas. No lo he hecho. He criticado únicamente que el manejo del asunto económico no ha sido el mejor.

Entiendo yo la desesperación por servir a un pueblo necesitado. Pero, por favor, que se diga la verdad. Es lo único que reclamé.

Su presencia acá no es para apoyar a Lenín Moreno, ténganlo claro. Poco apoyo necesito yo, pero lo que sí necesita apoyo es la decisión de una lucha frontal contra la corrupción.

¡Eso sí necesita apoyo! ¡Quienquiera que la realice y desde donde quiera que se lo haga! ¡No se trata de hacerse los mártires! ¡No se trata de salirse por la tranquera! ¡No se trata de saltarse a la torera la barrera! ¡No señor, no señor!

Aquí hay instituciones. Lo único que puedo yo garantizarles es la independencia y transparencia de las funciones. Nada más.

¿Qué puedo esperar? Que cada función cumpla su tarea, que es velar por la transparencia en el uso de los fondos públicos, que no la ha habido por parte de muchos funcionarios.

¡No la ha habido, no la ha habido! Y los funcionarios corruptos deben estar donde se merecen.

No se trata de salir corriendo y decir: “me he venido a Guayaquil en carro”.

Yo retiré las funciones al vicepresidente de la república por una carta ofensiva, que no merece el comportamiento de un compañero. ¿Ustedes alguna vez me oyeron ofender al ingeniero Jorge Glas? ¡Nunca!

Y después de que empiezan las indagaciones a acercarse muchísimo más a él, de repente aparece una carta agresiva y grosera. A mí me sorprendió. Ese momento, francamente, pensé inclusive que era falsa.

¡Una carta de ese tipo no puede permitirse un presidente de la república!

Ustedes eligieron un presidente y un vicepresidente. Nunca podremos dejar al vicepresidente sin su puesto, a no ser que haya una sentencia de los organismos correspondientes. Pero lo que no podemos, bajo ninguna circunstancia, es tolerar la grosería.

Yo no sé si sea culpable o no. Pero no lo tengo que determinar yo. Lo tienen que hacer –ahora sí de forma independiente, no como estaba ocurriendo antes– las funciones que corresponden.

Lastimosamente, ingeniero Jorge Glas, el dedo apunta cada vez más hacia usted. Y lo único que hace con este tipo de comportamiento es corroborar lo que se está planteando.

Yo siempre le he manifestado que tiene mi respaldo. Por eso me sorprendió su actitud desleal, deshonesta en el plano humano. Pero como la vida es así, uno tiene que estar acostumbrado a estas circunstancias también.

¡Lo único real es que yo no voy a abandonar esta Revolución!
¡Tenemos que recuperar la Revolución de la Ética!

Muchas cosas pueden haber pasado. Muchísimo dinero hubo y ha circulado en el país. Nosotros estaremos pendientes de que las autoridades de control verifiquen el buen uso de esos fondos.

Si me invitan a la Asamblea, voy de mil agrados. Si tengo que explicar algo, voy de mil agrados.

El lunes van a saber sobre mi estadía en Ginebra. Alguien decía que costaba seis, ocho millones. Los tres años que estuve como enviado especial de Naciones Unidas costaron cinco, diez veces menos de lo que cuesta una embajada.

Mi departamento medía doscientos metros cuadrados. Era cómodo, sí. La mitad era oficina, la mitad era mi departamento, donde vivía de forma no modesta, pero sencilla.

Ganaba menos de lo que gana un embajador, pese a que el rango de enviado especial da para dos o tres veces el sueldo de un embajador. Mis gastos era muy sencillos, elementales.

No compré ni siquiera un vehículo nuevo. Compré uno de hace diez años y lo dejé, en perfecto estado, en la delegación de Naciones Unidas, de Ecuador por supuesto, en Ginebra.

Del dinero que recibí –que era la tercera parte de lo asignado–, devolví 300 mil y pico de dólares. Todas las cuentas están claras y transparentes.

Pero lo más importante, independientemente de lo que haya gastado, me pregunta una persona que debería saberlo como economista. ¡No puede ser ignorante de eso!

Por lo menos era de que averigüe, que revise el Convenio de Ginebra, el cual dice que un funcionario de Naciones Unidas –y

yo lo era— no paga impuestos cuando está en el extranjero. Así de simple.

Alguien dice: ¿por qué no pagó impuestos? No tenía la obligación de hacerlo, porque no estaba viviendo en el Ecuador. Pagué lo que debía, pero allá, porque estaba viviendo en ese país. De acuerdo al Convenio de Ginebra, no tenía que pagar impuestos en el país de origen. Nada más.

¿Y el trabajo que hice? Maravilloso, extraordinario. Qué pena decirlo yo mismo: a partir de que yo ingresé a Naciones Unidas, empezaron a salir cada vez más noticias acerca de los avances en tecnología para personas con discapacidad. ¿Quién lo hizo? Yo.

¿Cuánta gente trabajaba conmigo? Mi mujer y yo, porque ella hacía de secretaria sin sueldo. Yo soy muy delicado. Ustedes me conocen cuando trabajé en la Vicepresidencia. Por eso el pueblo agradecido me eligió presidente de la república, a pesar de los duros momentos que pasaba el movimiento político.

Y cuando me fueron a ver a Ginebra para pedirme que sea el candidato, me negué durante dos horas. No me gusta la política, por lo menos como se practica en el Ecuador. ¡No me gusta!

Entonces se me adujo que el pueblo necesitaba, que el movimiento necesitaba, que el pueblo me quería. Pese a la oposición de mi familia, acepté.

Créanme que este momento desearía que otra persona estuviera en este lugar. Pero no puedo decirle no a un pueblo que confió en mí. ¡Por eso que he decidido jugármela, la Patria vale la pena!

Cuatro personas ahora se acercaron, no sé si era amenaza o pedido: “Cuídese por favor, presidente”.

Los corruptos deben estar en la cárcel. No estoy acusando a nadie. Yo tengo mi criterio personal de si es o no es corrupta esa persona. Pero, por honestidad presidencial, no puedo decirlo.

Si digo “no es corrupto”, es posible que -como era costumbre- las funciones lo tomen como un dictamen. Y si digo “sí es corrupto”, también es probable que lo tomen como un dictamen.

No, no. Yo no soy así. Yo soy respetuoso. La palabra de un presidente hay que medirla, no se la puede prostituir. ¡La palabra de un presidente debe ser seria, para que el pueblo también sepa que hay que ser serios!

Una palabra seria no puede comprometerse con una u otra opción. Uno tiene su criterio personal, es verdad. Pero tú, tú, sí lo pueden decir. Yo no puedo, porque estaría influyendo en las autoridades de control. Y sería volver al pasado.

Pero tampoco voy a permitir que se burlen de la justicia. Tienen que responder a la justicia y a las autoridades de control. Eso depende del fiscal. Él debe determinar, no es que yo le doy la orden. No, no. No sería independencia de funciones.

Pero sí debemos obligar a cada función que cumplan lo se comprometieron cuando juraron respetar la ley y la Constitución. Y aceptaron sus cargos.

Queridas amigas y amigos, les agradezco esta manifestación de afecto. Así la considero y por eso les agradezco de todo corazón. Por favor, compañeros, no reclamen venganza, pero sí justicia. ¡Justicia!

Yo he sido extremadamente delicado. A veces los medios de comunicación dicen “enfrentamiento”. ¿Cuál enfrentamiento?

Yo soy el presidente de los ecuatorianos y no puedo ofender a nadie. Todos me merecen respeto y cariño, independientemente de que piensen o no como yo. No tengo por qué ofenderlos.

A tal punto, que hoy he pedido que las redes sociales no se conviertan en refugio de los miserables, sino que sean el mecanismo para transmitir buenos conceptos, consejos, ciencia, tecnología, arte, música, etcétera.

Así debe ser. Abandonemos esa mentalidad caduca, obtusa, de pensar que una forma de divertirnos es ofendiendo a alguien. Y mientras más nos ofendan, menos debemos ofenderlos.

El presidente debe tener el comportamiento que espera tengan sus ciudadanos: honestidad, transparencia, proactividad, trabajo, amor y lealtad a la Patria, la única a la que se le debe lealtad.

La gente me conoce: soy leal hasta la muerte, pero no con los corruptos. ¡No la lealtad de la mafia! ¡No, no, no! La lealtad del afecto al otro ser humano es el tipo de lealtad que estamos reclamando. Y estamos practicando, además.

He manifestado mi opinión. Puedo estar equivocado inclusive, con respecto a la “mesa tendida” que manifestó el expresidente.

Pero lo máximo que merecía por esa equivocación era decir: “Compañero, usted está equivocado porque las cuentas no son así. Sume bien, reste bien”. Y no habría pasado nada. Y a pesar del maltrato, siempre volví a referirme a los valores preciosos que tiene el ser humano.

Para despedirme, ustedes sean portadores, no del odio, no de la venganza, sí de la justicia. No del egoísmo; sí de la solidaridad, de la transparencia, de la lealtad.

Les estoy muy agradecido por esta manifestación de respaldo. No a mí, sí a la justicia. Respalden a la justicia, a la transparencia, al amor por los otros seres humanos. Respalden a la lealtad, ¡siempre! No a mí.

La próxima vez no traigan letreros con mi cara fea. Mejor que digan: honestidad, trabajo, decencia, lealtad, transparencia.

Por eso ahora en las oficinas ya no está la imagen del presidente de turno. Dije no, por favor, allí Manuelita Espejo, José Joaquín de Olmedo, Fernando Daquilema, Villamil, Letamendi, Febres Cordero el patriota de la libertad, no el otro.

Los que deben estar son Calicuchima, Epiclachima, Quizquís, el gran Carán, Pacha, Cacha, Jende, Jumandi, Píntag. Dolores Cacuango, Tránsito Amaguaña.

Los héroes del 10 de Agosto, los héroes del 9 de Octubre. Todos los que han ayudado a construir la Patria, son los que deben estar ahí. Ellos nos legaron una Patria y nosotros debemos ser gratos con ellos.

Estaba haciendo tiempo para ver un precioso atardecer de Guayaquil. Los más hermosos atardeceres, los de mi Perla del Pacífico, mi preciosa y querida Guayaquil.

Les doy un abrazo cariñoso. Hasta siempre.

LENÍN MORENO GARCÉS

Presidente Constitucional de la República del Ecuador